

## PERSONALIDAD DOCENTE COMO SINTESIS Y PERFIL NIVELADORES

Aunque el nivel estimativo de la sociedad hacia el docente es de altura o rango inferior al de la función que desempeña, los más enterados, por serlo o comprenderlo, reconocen su innegable papel en la dirección momentánea de los escolares y en la preparación para el futuro. Nadie discute la parte que le incumbe respecto de la ejecución acertada de los métodos eficientes de enseñanza.

Si bien la vieja tradición indú confiere al maestro, como dador o formador del espíritu, más importancia que al padre, hemos de reconocer que esta exageración positiva no vale para todo docente o maestro. Es solamente aplicable al maestro que, con grandes dotes de personalidad docente, influya conformando realmente todo el sistema de vida de sus discípulos.

En este punto está la clave de la pleitesía indú y del despeggo contemporáneo: personalidad docente. Hace ya tiempo que la docencia se ha convertido en profesión, de escaso nivel económico si se quiere, a la que se adviene por la posesión de ciertos conocimientos y aptitudes independiente de eso que podríamos llamar personalidad. Si los docentes no recuperamos la personalidad peculiar para que sea saboreada por los escolares justificaremos el estado actual. Despreocupémonos del conflicto de personalidades hasta consolidar la nuestra.

¿Qué entendemos por personalidad y qué por personalidad docente? ¿Cabe hablar de personalidad docente acusada o más bien es justo pedir que el docente posea una personalidad acusada? ¿Caben graduaciones en la personalidad? ¿Es la personalidad proceso evolutivo, innato o experiencial?

Si admitiésemos que la personalidad fuese ya la cualidad del ser persona, ya su conducta característica, todo docente en cuanto ser humano inteligente, gozaría de dicha cualidad. Por lo tanto nos veríamos obligados o a aceptar que la personalidad no influye sobre el quehacer docente o que existe una innumerable gama de matices

en la personalidad. Matices de eficiencia y de ineficiencia, matices de gradación. Del nivel alcanzado por el maestro dependería su éxito docente.

No corresponde la noción filosófica a la dominante en la mente de todas las personas. El ser constitutivo formal de la persona nos viene bien a todos. Tampoco se advierte indiferenciación en las nociones psicológicas de más uso ; totalidad, organización dinámica, integración, estabilidad de hábitos, acomodación peculiar al medio..., son elementos de dichas funciones, que o son inexperimentables por principio (nociones metafísicas) o aún no se ha logrado encontrar el procedimiento develador capaz de inspeccionarlas. ¿Quién es capaz de asegurar que no existe una mínima organización e integración en cada uno de nosotros? ¿Quién deja de reconocer una mínima adaptación al medio de cada uno? En estos casos barajamos de nuevo las nociones de gradación, extensión o cuantía si deseamos que haya posibilidad de diferenciar las personalidades.

Se habla muy frecuentemente de la noción vulgar de personalidad. Personalidad equivale a persona notable en algunos aspectos que más interesan a todos los hombres, religión, política, arte, ... La notabilidad de dicha persona se contrasta principalmente por su influjo o por su valor paradigmático. No creemos que deban oponerse la llamada concepción vulgar de personalidad que actúa íntimamente sobre todos nosotros, incluso sobre los especialistas, y las concepciones científicas. El deseo de excindir las dos concepciones como opuestas es solamente un deseo diferenciador, y un algo pedante del científico que a ellas se dedica. Lo único que debe permitir diferenciarlas debe ser la precisión y profundidad del concepto.

Admitamos, pues, que personalidad se relaciona con mismidad, ipseidad, yoidad, totalidad integrada, concepción del universo. Admitamos, también, que se constituye por elementos básicos como organización dinámica íntima y por una acomodación integral al medio. Pero admitamos, además, que personalidad es una noción diferenciadora que lleva dentro de sí un aspecto social. Personalidad hace referencia a uno mismo y a los demás. Con esta simple proyección hacia lo social se hacen perfectamente compatibles las nociones vulgares y científicas. El vulgo se preocupará solamente

por el yo social aparente, la ciencia atenderá a medios sociales y no sociales centrada en la intimidad de la persona.

El hombre de personalidad acusada se habrá encontrado a sí mismo antes de proyectarse en los demás, su intimidad goza de tales potencias que, independiente de su versión (intra o extra), nimba su actividad hasta el reconocimiento ajeno. Ha sido capaz de coordinar y organizar todos los acontecimientos externos de acuerdo con su concepción del mundo y ha producido por síntesis final una verdadera integración psíquica.

El sentido social del término personalidad es el que ha permitido confundirla con poiesis literaria o con dominio político, pero hoy día se extiende a muchos campos: científico (en todas sus ramas), moral, religioso..., incluso ha pasado a las finanzas, deportes... Es cierto que todas ellas les vale tanto la acepción vulgar como la científica, luego son admisibles.

Mas si personalidad hace referencia a organización dinámica o integral, pronto se advierte su aspecto unitario, total. El hombre de personalidad no puede ser hombre de personalidades a no ser que se quisiera admitir de modo teórico que el conjunto de organizaciones posibles es indefinido. El cambio de personalidad suele ser más bien el tránsito de una seudopersonalidad a verdadera personalidad o al contrario.

¿Cuál será el área que deben abarcar las organizaciones e integraciones para aceptarlas como reflejo de personalidad acusada o distinguida? ¿Podrá admitirse una personalidad fuerte con un área reducida de organización dinámica?

Por remontarnos al lenguaje vulgar recordemos que la palabra personalidad suele adjetivarse con términos cualitativos: gran personalidad, extraordinaria, débil... Si en toda personalidad se dan los mismos componentes básicos, los adjetivos mentados tienen que hacer referencia o bien al campo de la extensión o al de la intensidad. El de la extensión se referirá directamente a la totalidad y variedad de aspectos y facetas que son debidamente organizadas e integradas por el sujeto en consideración. El de la intensidad se apoyará en el poder de su influjo o en la jerarquía de su valor ejemplar.

Por su extensión podríamos clasificar a las personas en personalidad prepotente o extraordinaria, pujante, ordinaria, restringi-

da y carente. Por su manifestación en personalidad aparente o definida, vacilante y latente. Por su intensidad en personalidad influyente, sugerente e indiferente.

La personalidad extraordinaria, compañera del genio, es influyente y claramente definida. Como tales ha logrado una perfecta organización e integración capaces de adaptarlos a cada medio circundante, su influencia y valor paradigmático está fuera de dudas. Las personalidades pujante y ordinaria ofrecen los mismos síntomas de constancia, apariencia e influjo, pero reducen su campo de acción a algunos, o solamente uno, círculos vitales. En la personalidad ordinaria la extensión de lo organizado se reduce a un campo claramente delimitado: literatura, pintura, ciencia, política definida, docencia... Por esto se puede ser notoria personalidad en un círculo vital y totalmente desprovista de ella en el resto de los círculos. La personalidad restringida es aun menor que la ordinaria. A ésta solamente se le reconoce dominio e influjo en un pequeño sector de un círculo vital caracterizándola como vulgar en el resto. En este grupo se salvan muchas personas, ya que no la mayoría. Dan sello personal a pequeñas facetas, pero su área de comprensión es demasiado reducida.

Personalidades vacilante y latente hacen referencia tanto a la estabilidad como al proceso evolutivo de la personalidad. Personalidad latente es la que puede atribuirse a toda persona adulta en la que no ha habido manifestaciones de organización dinámica, de integración, sin que conozcamos las razones por las cuales no ha logrado la menor apariencia de las mismas. También es atribuible al niño o joven en la inmensa mayoría de los casos. La personalidad vacilante es más bien una seudopersonalidad, es decir una personalidad estimada a veces y desestimada otras.

La personalidad sugerente es la que no atrae ni nos lleva a seguirla por el mero hecho de su intensidad, pero convence en algunas facetas que intentamos reproducir con ciertas variantes. Su ejemplaridad no es radicalmente atractiva.

Junto a estas clasificaciones podríamos referirnos a los diferentes sistemas «holísticos» introducidos por la Psicología alemana, pero de momento no lo creemos necesario para nuestro objetivo inmediato.

Sí nos interesa de inmediato el problema del carácter innato,

evolutivo o experiencial de la forja de la personalidad. La ciencia experimental no ha resuelto aún este problema y racionalmente se pueden adoptar todas las posturas. La postura ecléctica goza, como siempre que no existen decisiones, de más partidarios. En dicha postura se admiten: potencialidad innata o personalidad latente desde el nacimiento, desenvolvimiento de la misma por una mayor facilidad para lograr la organización, y, aprendizaje u oportunidad experiencial para que mediante acto inmediato se logre la síntesis personal. Pedagógicamente nos interesa más el problema de la actuación de la experiencia sobre el individuo en el logro de la personalidad. El logro de ideales por captación independiente de la experiencia (autocreación de ideales y personalidad) parece corresponder a procesos innatos o evolutivos sin que aparezca claro el influjo pedagógico. La Pedagogía debe intentar en cada sujeto el máximo de personalidad posible, es decir, el tránsito desde la carencia, latencia e indiferencia hasta la personalidad extraordinaria. Su misión consistiría en buscar el medio de elevar el nivel de cada sujeto hasta donde su capacidad lo permitiese. Dejará a un lado cuantas acciones o situaciones no sean integrables para cada sujeto y buscará intencionalmente la organización en el escolar.

De acuerdo con lo anterior definiríamos la personalidad docente como un nivel de la personalidad caracterizado por una organización íntima y dinámica plenamente ajustada al medio escolar. No le valen ni carencia ni latencia ni indiferencia. Son de parvo valor la restricción, vacilación y sugestión. Encaja plenamente con cualquiera de las otras clases, siempre que en la ordinaria y pujante entrase como elemento único o básico el correspondiente a la docencia. En estos últimos casos la actuación docente sobrepasaría sus propios límites y se convertiría en actividad educadora a través de la docencia. La intimidad desbordada del docente, la unidad de sus actuaciones, la ejemplaridad e influjo en contacto con la personalidad desenvolvente del escolar producen más fusiones que choques. Los niños o jóvenes se acomodarían y no aparecerían conflictos. La personalidad latente en evolución en escolares y jóvenes podría lograr su inmediatez organizadora por medio de dicho influjo.

La carencia de personalidad docente en persona dedicada a la

enseñanza indica falta de unidad y organización enseñante. El profesor no actuaría de acuerdo con su intimidad, su actividad podría considerarse como foránea, sería en realidad un profesional exento de llamada interior. Tal docente quedaría automáticamente descalificado. Pero entendámoslo bien. El tipo de personalidad exigible sería solamente la que hemos denominado ordinaria. No haría falta pensar que su campo de acción fuese muy extenso, bastaría con acoger en su perímetro más reducido toda actividad escolar. Cuando su campo o área vital fuese mayor aumentaría su trascendencia, pero no es necesario. En muchos casos nos conformaríamos con que perteneciese a la clase de personalidad vacilante.

Quizá podríamos plantearnos en este momento el problema que surge con espontaneidad: ¿cabe formar una personalidad? ¿Es posible transformar una personalidad latente en definida? ¿Puede dirigirse la definición personalista hacia la docencia? ¿Es posible transformar una personalidad latente pero inclinada internamente hacia un campo vital para otro distinto? Estos problemas de trascendencia pedagógica nos interesarán al tratar de la formación del docente, pero deben ser posteriores al que nos hemos trazado.

La personalidad es definida como organización integrada y dinámica, mas desconocemos los medios que nos permitan diagnosticar dicha organización. En este caso hemos de intentar delimitar la noción de personalidad mediante una serie de elementos supuestos en la organización vital plena de cuya aparición nos sea posible pronosticar la existencia de personalidad en cierto grado. Mas estos elementos que vendrán a definir en su conjunto la personalidad ordinaria pueden darse en un sujeto en muy diversa gradación o altura. No será, por tanto, necesario su posesión en el grado máximo, sino que será suficiente con que se logre en cada uno un nivel determinado. El problema de la delimitación de los elementos que constituirían una personalidad ordinaria puede intentar resolverse mediante la consideración de una serie de niveles mínimos que nos perfilarán al sujeto y que supondremos se verifican sintéticamente en cada uno.

En la personalidad docente los niveles se referirán a aspectos que harán relación principalmente a su función y que atañe a su vida cotidiana. Esta personalidad sería el sello o marca que aglu-

tinase los diferentes niveles que en ella se han de considerar. Niveles que no podrán ser los mismos para cada una de las especialidades docentes.

Uno de los primeros síntomas de la existencia de personalidad en los docentes es la autoestimación, en cierto modo equivalente a la autoestabilización. Mas dado que la autoestimación puede darse desde los extremos máximo (endiosamiento) al mínimo (anulamiento) se habla más bien del nivel de autoestimación. Este nivel general representa la idea sincera que cada uno de nosotros nos hacemos de nuestra capacidad asimiladora y creadora, de nuestro poder constructivo. Es el nivel en el que mentalmente nos situamos sintiéndonos con desasosiego real cuando no lo hemos alcanzado o cuando lo hemos superado. Es la verdadera opinión que nosotros tenemos de nosotros mismos. Nuestras posibilidades están insertas en él. Se refiere preferentemente a nuestro estado actual y sólo por reflejo se proyecta en el futuro bajo una nueva denominación: nivel de aspiración.

Pero este nivel de autoestimación no es tan sencillo cuando nos referimos a la personalidad docente. El profesor se juzga en cuanto tal. Valora su conocimiento de las técnicas docentes, su aptitud de organización de la labor escolar, su dominio de la materia o materias que ha de enseñar, su laboriosidad, su asiduidad, su altura intelectual, su aptitud para examinar y corregir a los escolares... Mas la autoestimación no termina en este contraste personal de lo que sabemos, hacemos y podemos hacer, sino que avanza unos pasos más. Cuando nos estimamos respecto de tales valores hallamos nuestro nivel conforme es sentido por nosotros. Nuestro nivel intelectual, nuestro nivel profesional, nuestro nivel docente. No importa ahora que este nivel estimado por nosotros no sea el que realmente nos corresponda según el criterio de los demás, ya que no es fácil exista acuerdo entre la autoestimación y la heteroestimación de los docentes. Lo cierto es que ante nuestra conciencia, y mientras no se nos muestre el error en que hemos caído, nos estimamos como en cierto lugar o nivel dentro del conjunto de docentes, dentro de los humanos. Nivel medio que hemos diferenciado en múltiples niveles.

No, no termina la autoestimación en la simple clasificación dentro de un nivel docente. El ser humano siempre pide más. Nos encontramos en sociedad y es imposible prácticamente no realizar

comparaciones con los que nos rodean. No sólo nos estimamos, sino que también estimamos el valor de los demás, la heteroestimación se repite más veces que la autoestimación y suele estar más provista de objetividad. Estimamos las otras personalidades y el nivel o niveles ajenos son captados por nosotros. Juzgamos de la personalidad de los demás con los datos que podemos captar. Si bien este juicio suele ser muy deficiente porque nos apoyamos en muy escasos e incompletos datos, para nosotros es casi tan seguro como el logrado en la autoestimación. Lograda la heteroestimación y realizada una comparación entre la personalidad ajena y la nuestra, aparece el concepto de superioridad o inferioridad. El hecho de tender a uno u otro extremo depende precisamente de nuestra personalidad y del nivel en el que nos hayamos emplazado.

Una vez realizada la comparación surgen nuevos niveles, que también se ponen a comparación. El nivel de estimación social, el nivel de trabajo exigido, el nivel de vida que permite el ejercicio exclusivo de la profesión, constituyen los tres nuevos niveles que nos hablan de la personalidad del docente. Son los tres nuevos niveles que nos impulsarán hacia otros derroteros si nos encontramos excesivamente bajos de nivel relativo o si no hemos alcanzado un alto nivel de satisfacción personal en el ejercicio de nuestra labor cotidiana. Mas estos tres niveles son los que ligan el nivel de autoestimación como genérico con el que hemos citado: nivel de aspiración como específico.

El nivel de aspiración (noción, como estas que estamos tratando de este último cuarto de siglo) representa aquellos objetivos o fines que cada uno de nosotros nos asignamos como asequibles. Presupone una autoestimación más o menos vaga y un pronóstico sobre nuestras aptitudes. Por sus características suele ser una de las fuentes de motivación en todas las personas, en todos los docentes. Aunque no equivale al impulso de superación, suele ser el punto de referencia para las superaciones. Solamente cuando nos asignamos un nivel de aspiración superior al nivel actual puede darse la verdadera superación. La misma eficiencia docente lleva dentro de sí este constante desnivel real entre lo que hacemos y lo que «verdaderamente» aspiramos a hacer. Ejerce dicho nivel una especie de atracción sobre nuestras actividades que nos enca-



mina hacia su logro, en el que confiamos. Su diferencia con el objetivo ideal se denomina discrepancia interna.

No importa que las experiencias confirmen lo que lógicamente se supone: que en lo difícil nuestro nivel de aspiración es menor que en lo sencillo, que existe un nivel prudencial bajo nuestras posibilidades, que no se da correlación perfecta entre el nivel de autoestimación de resultados y lo verdaderamente conseguido, como tampoco entre autoestimación y nivel de aspiración, que también es muy débil la existente entre los niveles de aspiración consignados y los resultados de la experiencia, que el nivel de expectación es inferior al de aspiración, ... Esto no quita para que llevemos a efecto los juicios comparativos de que antes hablábamos, esto no elimina el sentimiento de éxito o fracaso en la profesión docente o de éxito o fracaso por haberse sentido inclinado hacia la docencia.

Los juicios comparativos entre nuestro nivel de autoestimación y el nivel conferido a otras personas pueden hacernos ver víctimas de la sociedad. ¿Cómo con un nivel más elevado ocupamos o ejercemos una profesión cuyos niveles social, económico y laboral son inferiores al de otros? ¿Hasta qué punto podremos considerar esta situación como un fracaso personal? Entonces si los niveles de aspiración en estos y otros órdenes son francamente superiores al que ahora admitimos se propende a una superación. El hombre de tal personalidad realizará cuantos esfuerzos sean necesarios para alcanzar aquel nivel al que se considera llamado. El docente o bien alcanzará más altos niveles dentro de la docencia o bien la abandonará por profesiones más o menos afines. Este abandono no debe tomarse como consecuencia de falta de personalidad docente. Pudo haber obtenido un claro éxito en el logro de los primeros fines que se había trazado. Pudo incluso haber satisfecho sus primeros niveles de aspiración; pero el nivel de aspiración goza del dinamismo de la personalidad. Puede ser sustituido por otro una vez cumplido el primero. Incluso se señala en las investigaciones psicológicas el papel predominante de la personalidad en la consideración de éxito y fracaso, en la aceptación del cumplimiento de los niveles más o menos inmediatos que nos hayamos asignado.

Se advierte, por rara paradoja, que, mientras el éxito deja conclusa la actividad, el fracaso deja la puerta abierta para nuevas

tentativas de éxito. El hombre de menor personalidad, una vez conseguido el éxito apetecido, ingreso oficial en la profesión docente, anega su nivel de aspiración y deja de superarse. A lo sumo vuelve a recrearse en las actividades que le llevaron al éxito, pero no inicia nuevos caminos. Es el caso típico del docente o profesor que apenas conseguido su cargo se «retira» del perfeccionamiento, toma una senda y la sigue inerte, para al cabo de muy poco tiempo aparecer como una persona cuyo mérito mayor consistiría en abandonar la docencia. Los investigadores dan a esta actitud un matiz de infantilismo y le suponen originado por la existencia de un gran miedo para iniciar una tarea en la que pueda fracasar. Temen tanto al fracaso que renuncian a la satisfacción que produce la superación personal. Quizá, afirmamos, pudiera ser consecuencia de un principio de economía que les lleva a evitar con ahinco todo esfuerzo innecesario por no ofrecer nuevos niveles de vida el logro de la superación.

El fracasado o frustrado ni puede, ni quiere, ni debe, renunciar al perfeccionamiento. Debe buscar nuevos caminos, debe inquirir las causas de su fracaso, debe buscar el éxito. Por esto renueva su nivel de aspiración, en un punto más bajo si admite la justicia de su fracaso, en un punto más alto si se siente injustamente tratado. También se renueva el hombre de éxito cuya personalidad es pujante. No busca el recuerdo satisfaciente de la actividad anterior, sino que se lanza a una nueva realización, a una nueva construcción. Nunca le parecerá lo mejor lo que ya ha logrado, sino lo por lograr. Su nivel de aspiración equivale a un constante nivel de superación, cada objetivo logrado no es más que un hito en la serie de objetivos posibles. Solamente cuando se empieza a advertir que el nivel alcanzado cada vez es inferior se vuelve la vista atrás y se cesa en el ansia de superación. No caerá entonces en fracaso ya que las nociones de éxito y fracaso hacen siempre relación al fin prefijado. Si efectuamos una actividad con logros iguales o superiores a los prefijados obtendremos éxito, en caso contrario, fracaso. También puede sentirse el fracaso al alcanzar unos resultados inferiores al nivel de expectación dado el logro anterior.

Se pueden estudiar estos éxitos y fracasos docentes de un modo sucesivo. El docente se impone niveles de aspiración en tareas de corto y largo plazo, y ante los resultados reacciona. Del modo y

oscilación de esos niveles de aspiración cabe inducir la personalidad del profesor. ¿Cuántas veces baja su nivel de aspiración por fracaso y cuántas las eleva por el éxito? ¿Qué perfil trazan todas las secuencias de aspiración?

Pero al realizar tal estudio debemos darnos clara cuenta de lo que implican los niveles de autoestimación. Nadie se considera fracasado por no realizar bien una tarea para lo que no se encuentra apto o preparado. Ni el niño ni el adulto español, por ejemplo, se sienten fracasados por desconocer el japonés o el tagalo. Tampoco admitiremos el éxito, en admisión sincera y no cara al público, cuando la actividad en la que hemos triunfado es demasiado fácil. Ninguno de nosotros consideraría como éxito recorrer la distancia de cien metros en treinta segundos. El tiempo señalado es demasiado amplio. Debe existir un acomodo entre la dificultad de la tarea y nuestras posibilidades. Solamente aparece, a veces, tanto en el éxito como en el fracaso, una especie de embotamiento que impide al fracasado, que dió cuanto tenía de sí, reconocer su fracaso sin advertir que el nivel de los demás era superior al suyo, y que obstaculiza la advertencia en el hombre con éxito de otros factores externos a su actividad que influyeron directamente en la misma o que le dieron el triunfo.

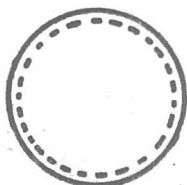
Por tanto se puede pronosticar el éxito o el fracaso docente cuando el nivel de aspiración esté dentro de sus aptitudes o fuera de ellas. El nivel aptitudinal junto al nivel actitudinal influyen sobre la personalidad conforme se ajusten o sean inferiores a los niveles necesarios para el logro del de aspiración. Tampoco se debe olvidar el influjo directo de la personalidad sobre la transformación, en agradable o desagradable, de lo que podríamos denominar éxito o fracaso en la realización. El fracaso no aparecería casi nunca si el nivel de aspiración influido por la fuerza atractiva del objetivo no superase los límites aptitudinales y de capacidad.

Supuesto el resto de condiciones podríamos representar gráficamente éxito y fracaso por la superposición de dos círculos concéntricos. Cada círculo simboliza el conjunto de niveles que integran ora el nivel de aptitudes ora el nivel de aspiración.

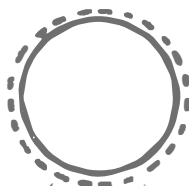
Dados los párrafos anteriores podríamos admitir que la personalidad del maestro o docente exige la concordancia de una serie de niveles; perdido alguno se viene a entender o que el maestro

está por debajo de sus posibilidades o que se produce una inclinación tendenciosa hacia la compensación de alguno de los desniveles conforme la autoestimación del profesor.

Es muy difícil creer que un docente posea personalidad en su rama (docencia) o superior (pujante o extraordinaria), cuando el



Exito



Fracaso

\_\_\_\_\_ Nivel de aptitud.

\_\_\_\_\_ Nivel de aspiración.

nivel social alcanzado por dicho docente es menor al de la mayoría de las personas. Los valores de influjo y paradigmático tan reclamados para los maestros, solamente son posibles cuando a su gran personalidad le acompaña un alto nivel social. No debemos creer que la vocación se encarga de suplir este desnivel, en primer lugar porque es solamente llamada hacia la docencia sin que esta llamada implique otras consecuencias; en segundo lugar porque no se ha podido determinar si la llamada inicial obedece a estímulos vocacionales o a elementos totalmente externos a la llamada interior. La vocación se emplea excesivamente como arma dialéctica cuando se quieren justificar ciertas situaciones.

Es claro que ahora distinguiremos varios niveles. El nivel necesario para cada forma de la docencia (primaria, media y superior) no necesita ser el mismo. La función ejercida es un rango en dicho nivel social; por tanto, aun dentro de un elevado nivel para todos los docentes, éste ha de ser tanto más encumbrado, cuanto mayores exigencias de preparación, nivel cultural y nivel intelectual le correspondan. No deben aspirar al mismo nivel social quienes tengan un menor rango en los niveles de aspiración de las demás índoles.

Junto al nivel social y muy en contacto con él está el nivel de vida que proporciona la docencia. ¿Quién puede pretender una gran personalidad en los docentes, esa personalidad que exige integración y organización de sus actividades con el medio escolar bajo la unidad en la docencia, si por un claro desnivel económico el docente ha de verter sus momentos más intensos en labores extraescolares? El maestro excindirá su personalidad y, por leyes de intensidad, probablemente sustituirá la preponderante personalidad docente por la personalidad a que se refiera el nuevo objeto de sus preocupaciones para resolver su nivel de vida. La síntesis propia de la personalidad definida no se podrá producir, habrá dispersión, vacilación, cambio de personalidad. En resumen, la personalidad docente tenderá a desaparecer absorbida por las demás. El maestro o profesor no influirá en sus escolares de modo debido porque su actuación no es unitaria.

Resueltos estos primeros niveles, que sin ser primarios podríamos calificarlos como básicos, nos deslizamos hacia los que siempre se consideran fundamentales: son el nivel cultural y el nivel de formación pedagógica. Podría parecer que al hablar de nivel cultural nos alejamos de la consideración de personalidad puesto que hace referencia a conocimientos adquiridos, pero caeríamos en un gran error. La integración y organización de los conocimientos cabe con pequeña cantidad y no mucha profundidad lo mismo que con gran extensión y máxima profundidad. Lo único que acontece es que las estructuras son de diferente orden. A las más simples estructuras que corresponden al docente primario les siguen las más complejas correspondientes al medio y superior. La personalidad puede darse con un nivel cultural relativamente bajo ya que las integraciones pueden corresponder a elementos que hacen solamente contacto indirecto con el fondo cultural. Mas la personalidad docente exige un nivel cultural sobre el promedio del ambiente que rodea al profesor. Sólo así se dará el reconocimiento e influjo propio de la misma. Los distintos niveles de cultura son estadios sucesivos en los niveles de aspiración del docente.

El nivel de preparación pedagógica no es más que una consecuencia del nivel cultural. Si el docente debe organizarse de acuerdo con el medio escolar, es necesario que por preparación y entrega sea capaz de captar todas las delicadas facetas de la labor escolar. El

conocimiento de las mismas no es suficiente, pero sin él no será posible la eficiencia que corresponde al profesor influyente. Pero este nivel no es diferente como el de cultura, sino equivalente en altura para todos los tramos de la docencia, la diferenciación se introducirá solamente por el contenido dado que los escolares serán normalmente de diversas edades y preparación. Como ingredientes de esta preparación entran todas las técnicas docentes, examinadoras, correctivas...

Finalmente nos referiremos a los dos niveles de los que más hemos hablado: nivel de autoestimación o estabilización y nivel de aspiración o autoidealización.

El docente en las comparaciones que realiza con el resto de las personalidades como consecuencia de su autoestimación no debe sentirse rebajado o disminuído. Esto no se debe considerar como consejo, sino incluso como consecuencia experimental que sitúa a los docentes, donde la enseñanza está mejor nivelada en los tres niveles anteriores, como conjunto de personas de alto valor intelectual. El buen ejercicio de la docencia exige un alto nivel aptitudinal, un alto nivel de inteligencia.

Es claro que la consecuencia lógica de este alto nivel es la renuncia al quehacer escolar cuando los niveles social y vital son menores de los que corresponden a tan alta estimación. Nosotros, aunque esto produjese dificultades en la organización y distribución de profesores, consideramos totalmente necesaria la nivelación alta de nuestra valía de acuerdo con los considerandos que antes dijimos. No importa que vaya a suponer la pérdida de un buen maestro, pero mientras dure su ejercicio este autoconcepto influye sobre toda su actividad docente. Más vale un buen maestro durante un período de tiempo breve que muchos maestros con personalidad solamente latente o vacilante a lo sumo.

En el mismo campo nos emplazamos respecto del nivel de aspiración. Todo docente debe tener las miras puestas en un más allá más perfecto que el presente. Esta mira en la perfección supone un reforzamiento de la personalidad y la existencia de un continuado proceso educativo. No debe contentarse con el éxito obtenido, debe intentar superarlo al siguiente curso, en el siguiente período de tiempo. Tampoco debe conformarse con sus conocimientos actuales, tanto en el campo de la cultura general como en el de la peda-

gógica. No debe extrañarnos que en muchos países se puntúe como profesor más valioso el que pertenece a diferentes entidades pedagógicas, el que lee revistas dedicadas a Pedagogía, el que está al tanto de los movimientos educativos y didácticos recogidos en opúsculos o pequeñas obras.

Una de las formas de la vocación docente unida a un alto nivel de autoestimación y aspiración es el manifiesto en el tránsito de estados o grados docentes de menos nivel social y económico a los que tiene mayor representatividad o altura. Una sencilla comparación de los niveles existentes y deseables dentro de la docencia nos llevaría a este pequeño recuadro:

Niveles realistas	Nivel autoestimación	Nivel aspiración	Nivel vital
Docencia superior..	Máximo .....	Máximo .....	Medio alto.
Docencia media....	Superior .....	Superior .....	Medio.
Docencia primaria..	Medio .....	Rudimentario...	Bajo o bajísimo.

Recuadro que podría parecer deficiente si no tuviéramos en cuenta los hallazgos sobre el nivel de aspiración de las personas pertenecientes a un grupo.

Una revisión rápida nos dice muy pronto la existencia de un conjunto de desniveles que deben ser eliminados. No podremos esperar hallarnos ante un plantel de profesores llenos de personalidad docente cuando los perfiles manifiestos en sus niveles son tan reducidamente deficitarios. Y eso que de intento hemos suprimido el perfil correspondiente a los niveles cultural y pedagógico. En este último la situación es deplorable. Si influyese este nivel de un modo justo sobre el de autoestimación docente nos veríamos obligados a rebajar los ofrecidos.

Elevemos los niveles esenciales recién mentados y podremos confiar en que, mediante un proceso de verdadera síntesis, se logre esa personalidad que por estar mal definida y comparada no ha dado las correlaciones correspondientes con la eficiencia magistral.

JOSÉ FERNÁNDEZ HUERTA,  
Encargado de la Cátedra de Didáctica  
en la Universidad de Madrid.

## S U M M A R Y

It is continuously proclaimed that it would be convenient that teachers should possess exceptional conditions to educate children and young people adequately. Among these conditions the one that is less discussed and known is what we could call «teaching personality».

In this article Dr. Fernández Huerta intends not only to define «teaching personality» but also to find out the marks of a true generic personality. At the same time he tries to find out the various personal typologies, their intensity and the way in which they show themselves. As it is not possible to know inner, personal feelings of man through experimental means which are outside the subject, the author looks for their delimitation through certain levels which hypothecally allow us to admit the possibility of a strong «teaching personality». The levels summarily cited in this article are: self-estimation, aspiration, social, vital, cultural, pedagogical levels which permit us to find out the present level of the teacher and to predict both his future success and his definitive adhesion to the teaching function.